

En busca de los orígenes perdidos *Étoile errante* de J. M. G. Le Clézio

Marta S. Celi

Resumen

El viaje y la errancia constituyen temas privilegiados en la obra de Le Clézio. En su gran mayoría, trazan recorridos de regreso a las fuentes, es decir, *nostos*. Estos regresos delimitan derroteros que conducen a la conciencia de sí. Para ello, los héroes leclezianos expatriados deben recuperar las raíces perdidas con el fin de recuperar su "hogar". En *Étoile errante* (1992), Esther Grève, la joven judía que inicia su odisea al tener que huir de Francia durante la Segunda Guerra Mundial, vuelve a su Ítaca luego de horribles sufrimientos y duras pruebas, pero encuentra su "isla" dentro de ella misma. Se construye una patria inalienable, móvil, que puede instalar en cualquier territorio. En nuestro trabajo, nos proponemos dar cuenta de este periplo en busca de los orígenes perdidos comparándolo con el del Ulises homérico.

Abstract

The journey and the wanderings are major themes in Le Clézio's works. They describe the return to the sources, that's to say, to the *nostos*. They show the wanderings that lead to consciousness itself. Thus, the Leclezian expatriate heroes must recover the lost roots in order to re-gain their "home". In *Étoile errante* (1992), Esther Grève, the young Jew who starts her odyssey when she must run away from France during the Second World War, returns to her Ithaca. After going through terrible sufferings, she finds her own "island" within herself. A mobile country is built, which can be set up in any territory. In our work, we intend to deal with this journey in search of the lost roots, through a comparison with that of the Homeric Ulysses.

*A Ítaca debes el maravilloso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino
y ahora nada tiene para ofrecerte.
Si pobre la encuentras, Ítaca no te engañó.
Hoy que eres sabio, y en experiencias rico,
comprendes qué significan las Ítacas.
(Cavafis, El viaje a Ítaca, 1911)*

...el lenguaje es una interpretación, una alienación, una acción. Lo que debemos adivinar está oculto detrás de las palabras y de los actos, oculto detrás de las obras. Debemos volver al punto de partida para conocer el lugar de llegada. (Le Clézio, *L'extase matérielle*, 1967).

En las novelas de Le Clézio, la vuelta a los orígenes, posible por el viaje, el sueño, la escritura o la muerte, se transforma en el espectáculo fascinante de la

vida constantemente renovada. Antes de la clausura —la muerte—, hay que celebrar la vida, penosa, por cierto, puesto que está signada por los trabajos y las fatigas provocados por el andar inexorable de todo ser humano. Viajes, errancias y migrancias —reales o simbólicos— caracterizan en consecuencia, un tiempo de hombre cual destino que hay que transitar. La existencia exhibe pues una marcha ritual a la deriva estimulada por la búsqueda de una vuelta a las fuentes a la vez ardua y vivificante. El viaje —travesía, sueño o escritura— símbolo de la búsqueda identitaria, surca los escritos leclezianos queriendo dar cuenta de esta circulación perpetua hacia los orígenes. Las rutas de Le Clézio trazan siempre trayectos de retorno, *nostos*. Regreso al Yo, a las raíces y al Todo.

El punto de partida de los personajes leclezianos acciona el primer movimiento con el fin de desandar el camino y reconquistar la plenitud de antes del desorden producido por la ausencia o el olvido. Para esto, un recorrido iniciático se impone. Desplazarse o escribir este derrotero puede re-ligar con las fuentes.

El viaje, palabra fundacional y privilegiada en la obra y en la vida de Le Clézio, aparece tanto en el espacio y en el tiempo como en la imaginación y la escritura. La marcha circular moviliza siempre al personaje lecleziano y al hombre Le Clézio que termina su *Extase matérielle* (ensayo) con esta constatación que sella su lucha —y su opción— entre el nómada y el sedentario:

Il faut quitter (...) Il faut partir (...) Ainsi, peu à peu, tandis que s'agite ma vie, j'ai commencé à partir (...) En marche (...) Sans le savoir, sans lutter, puisque je le veux, j'ai commencé le long voyage de retour vers le gel et le silence, vers la matière multiple, calme, terrible, sans le comprendre, (...) j'ai commencé le long voyage religieux qui ne se terminera sans doute jamais. (Le Clézio, 1967, 315)¹

Como escritor elige “hacer parábolas”. En la primera etapa de su producción, las obras resisten las etiquetas canónicas y obedecen a una escritura crispada ya intergenérica e intertextual. A partir de 1969, cuando descubre otras civilizaciones —Méjico sobre todo— Le Clézio inaugura un nuevo período en su creación siempre intergenérica e intertextual. En adelante, sus ficciones retratan desplazamientos —en el espacio, en el tiempo y en la aventura escrituraria— de héroes y heroínas que dibujan más apaciguadamente que en sus primeros relatos periplos en busca de orígenes perdidos. El estilo lecleziano se calma; la temática se inclina sobre todo hacia la reflexión sobre la “condición

¹ Hay que irse... Hay que partir (...) Así, poco a poco, mientras se agita mi vida, he comenzado a partir. (...) En marcha. (...) Sin saberlo, sin luchar, porque yo lo quiero, he comenzado el largo viaje de vuelta hacia la escarcha y el silencio, hacia la materia múltiple, calma, terrible, sin comprenderlo, (...) he comenzado un largo viaje religioso que no se terminará sin duda jamás. (La traducción de las citas es nuestra).

humana"; la búsqueda siempre renovada transforma la evasión hacia "otra parte", cualquier parte, en errancia atraída hacia un fin o en viaje con itinerario fijado hacia horizontes que se encuentran en algún lugar de la Tierra. Ítacas esquivas y solicitantes a las que se arriba después de dolorosas y fatigantes aventuras, luego de hazañas y proezas que, una a una, van haciendo alcanzar a estos héroes grados superiores de conciencia. Ítacas que se conquistan o se reconquistan luego de muertes simbólicas sucesivas hasta la resurrección apoteótica cuando el hogar es reconocido como una patria interior, ganada penosamente, que puede ser instalada en cualquier territorio geográfico. Desplazamientos reales o simbólicos van tras la conciencia de sí y su epifanía o la vuelta a las fuentes. Las odiseas leclezianas se vuelven nomadismos que remedan la pesquisa, generalmente en el pasado, de "otro mundo". Así, movimiento y ensoñación quieren entrever el acuerdo del "yo" con el universo.

En 1980, la novela *Désert* revela al gran novelista Le Clézio.

Le tragique, jusqu' alors individuel et intérieur, se projette sur la comédie humaine et prend désormais une coloration politique et sociale (...) Il fallait s' ouvrir au monde des hommes (...), le romancier va s' attaquer désormais aux grandes injustices, aux horreurs de la guerre, au colonialisme... (Onimus, 1994, 14) ²

Ulises y su duro *nostos* le brindan quizá más que nunca antes un modelo de camino tortuoso en pos de la paz de un hogar lejano y perdido que debe ser reconstruido a pesar de los obstáculos de este mundo tan hostil como cautivador. *Odisea* le permite negociar y agendar la memoria de la literatura siempre dinámica y la memoria de la humanidad eternamente vagabunda. La quimérica búsqueda del lugar propio perdido se transforma así en real trayecto por el tiempo hasta desembocar en la conciencia de sí. De la topografía a la cronología, los pasos del hombre-náufrago desandan el tiempo por espacios azarosos. Del ámbito cerrado del Mediterráneo homérico cuyas aguas permitieron al Ulises clásico desplazarse hacia la isla donde todo comenzó, y allí lo depositaron para siempre, al universo ampliado —marítimo y terrestre— del mundo actual, universo que licua moradas y provoca migrancias, el Odiseo contemporáneo emprende el regreso a un tiempo revelador de sí mismo. Cuando lo encuentra, llega a Ítaca y la traslada con él allí donde instale su hogar y su familia. Esta resemantización es precisamente lo que dinamiza la figura de Ulises y su canónico viaje.

² Lo trágico, hasta entonces individual e interior, se proyecta sobre la comedia humana y toma en adelante una coloración política y social. (...) Hacía falta abrirse al mundo de los hombres (...) el novelista va a acometer en adelante contra las grandes injusticias, los horrores de la guerra, el colonialismo,...

Étoile errante, uno de los relatos más duros de Le Clézio, muestra las peripecias inhumanas de dos jóvenes, Esther y Nejma, la judía y la palestina. Sus errancias, atraídas a pesar de todo hacia un fin, figuran también una idea cara a Le Clézio, la que celebra las perpetuas partidas como metáfora del deambular del hombre en la tierra. Los crueles recorridos de las jóvenes encierran a estas "capturadas" en los laberintos del dolor interrumpido a veces por breves momentos de paz o de esperanza. La novela está dedicada "A los niños capturados" por las guerras. Es un grito contra estos pandemonios recurrentes que el novelista quiere conjurar. Tiene un epígrafe que reproduce una canción peruana:

Estrella errante
 Amor pasajero
 Sigue tu camino
 Por mares y tierras
 Quiebra tus cadenas

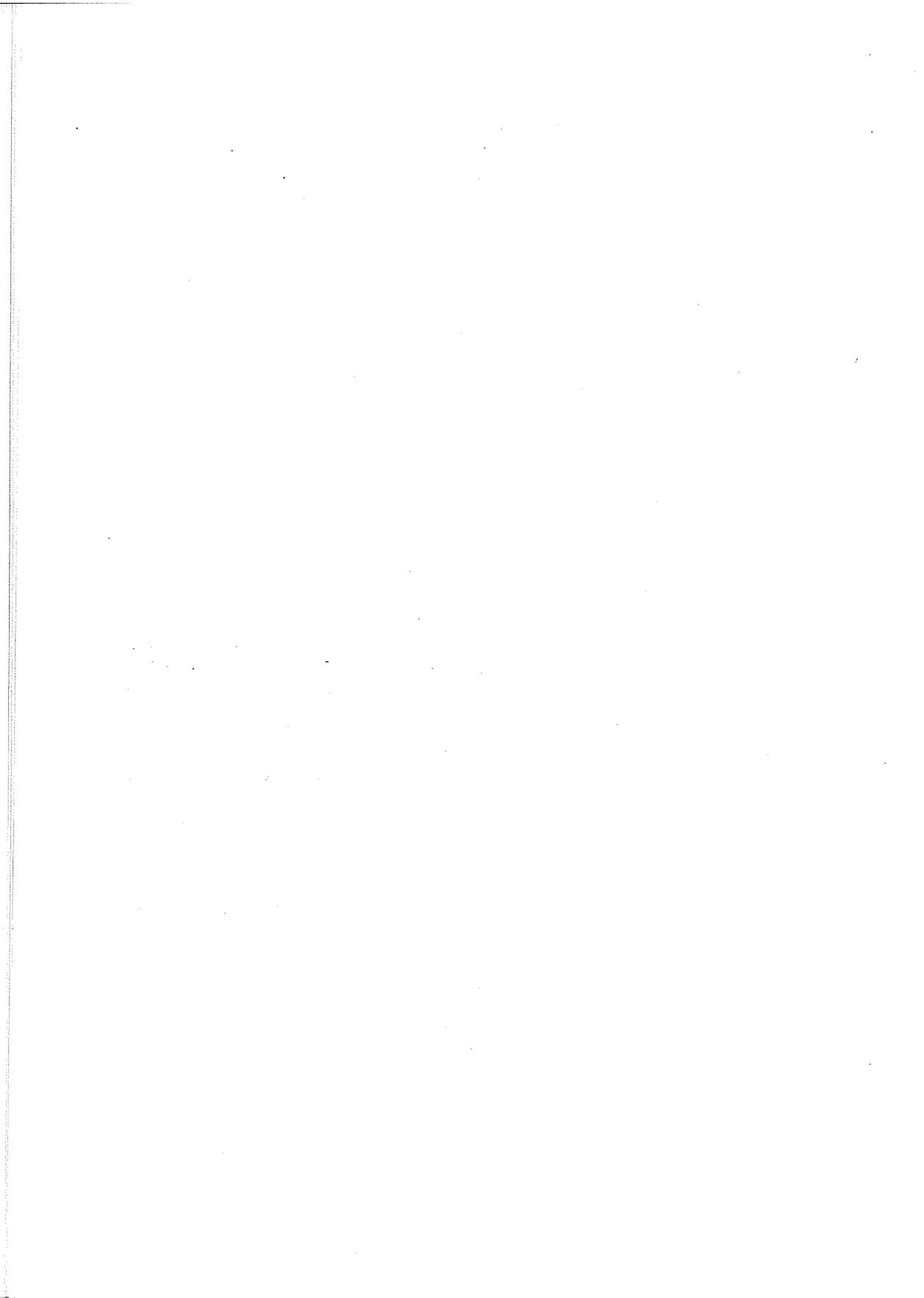
Estas estrellas no son fijas, vagan y en su trayectoria errátil, rompen cadenas. Para llegar a un final liberador, largos caminos de exilios dolorosos marcan sus rutas que las transportan finalmente por el único viaje que puede significar una redención: aquel que conduce hacia la conciencia de sí. De guerra en guerra, en un mundo inestable y misántropo que invierte los roles de víctimas y verdugos según el azar de los lugares y los momentos, una misma tragedia se repite sin solución de continuidad: la que empuja a las odiseas forzosas. En este marco, Esther, la judía en el sur de Francia durante la Segunda Guerra Mundial, y Nejma, la palestina en el novísimo estado de Israel, se identifican en el mismo horror incomprensible y en el mismo impulso por romper el maleficio y "partir, partir siempre". Se descubren en ruta. Una —Esther— va hacia Jerusalén, su tierra prometida, la otra —Nejma— huye de Akka, su paraíso perdido. En este trabajo sólo hacemos referencia a la travesía de Esther. Viaje iniciático hacia la conciencia de sí y la recuperación de una Ítaca, rumbo que respeta las etapas rituales de despojo, purificación, ascesis y grandes sufrimientos.

El relato comienza en 1943, en Saint-Martin, un pueblito del sur de Francia ocupado por los italianos. Esther Grève no sabe todavía que ES judía ya que su padre no hablaba nunca de la guerra, no creía en la religión y era comunista. Este pueblito era un lugar de pertenencia, un azar puesto que habían llegado allí huyendo de Niza, pueblito que se había convertido para la niña de trece años en una patria. Esther era un nombre prohibido, un estigma que había que escamotear. Por eso, se llamaba Hélène Jauffret, pero su padre decía Esther o su nombre en español, "Estrellita". En definitiva, no tiene nombre. "Nadie". El cíclope antisemita la hace Nadie. La Literatura, la Historia y

la Memoria la harán Todos, Humanidad. Un día, los italianos dejan Saint-Martin que va a ser ocupado por los alemanes. Es el momento de huir rápidamente, de abandonar la primera patria de Esther. Su padre parte muy temprano en la mañana del 8 de septiembre. Ella y su madre, Elizabeth, integran la caravana, la larga "tropa negra y gris" como "un entierro". Esther comprende que este genocidio la ha hecho judía, que pertenece a la "raza" judía a pesar del comunismo y del ateísmo de su padre. Para los nazis es sólo una cuestión de etnia, de SER. Hélène Jauffret, según sus falsos papeles, se transforma en Esther Grève de incógnito. Cuando asume su identidad y comienza a formar parte de una comunidad que paradójicamente la considera "goy: pagano", siente otra vez el mácula de ser Nadie a causa de la discriminación y la extrañeza sentidas de repente. No juega a ser Nadie para escapar de algún peligro sino que interpreta el papel que los otros le han asignado. Su proceso identitario arranca en la etapa de la confusión que la induce a la exploración del ocultamiento-ignorancia al tiempo que éste la encamina hacia la revelación-reconocimiento. Ya no servía mirar hacia atrás, todo aquello había dejado de existir. Hélène-Estellita... pagana-judía... Esther, la excluida-segregada comienza su éxodo y con él su marcha de "otra" a "sí misma" y de Nadie a Todos. Expatriada, sin formación judaica, no entiende lo que el destierro significa. No puede descifrar esta expulsión, este viaje forzado.

Una vez franqueada la primera frontera, el circuito de su nomadismo la aventura en un movimiento incesante. En 1944, se instalan en Festiona, Italia. "Huérfanas, fugitivas, dos fantasmas", Esther y Elizabeth esperan la llegada del padre. Un día se enteran de su muerte. Para paliar el dolor, Esther comienza a imaginar el mar y la partida definitiva hacia Jerusalén, la ciudad de la luz y de la salvación, el sitio "para comenzar una nueva vida". El pueblito italiano se convierte en ninguna parte, un espacio intolerable. Esther se evade abatida por la angustia. Piensa en Saint-Martin y el pueblito del sur de Francia se metamorfosea en su memoria y su olvido. Ahora que se sabe que los alemanes han comenzado a retirarse, la joven siente las carencias, las ausencias y el sinsentido. Comienza a soñar con volver a Francia. Sin embargo, el dolor ya ha roído su alma, el vacío la invade, la sombra de su padre la persigue. El sueño se vuelve pesadilla. Imposibles regresos: el de su padre vivo, el de ella y su madre a Saint-Martin, pueblo infectado por la enfermedad del olvido de la hecatombe. ¿Sus habitantes olvidaron también a los Grève? Manifestaciones de desarreglos físicos y morales. Viaje a París. Allí vive en silencio los momentos más amargos de su exilio y de su corta existencia.

Un día dejan París, ciudad odiada por Esther. Se dirigen en tren hacia el sur, hacia el mar, con el fin de partir en secreto hacia Jerusalén. La odisea de Esther continúa con una reflexión sintomática que la acompañará en su dolor y en su soledad hasta el final de su periplo:



A pesar de las varias peripecias, como las de Ulises, que anhelan impedir su repatriación, llegan a Haifa. Noviazgo con Jacques Berger. Paseos por la ciudad... En Israel acecha el peligro. Jacques habla de la guerra contra "los enemigos de Israel, los árabes, los ingleses...". Esther empieza a comprender: "Caminamos sobre muertos", reflexiona, pero aún no son "sus" muertos en este estadio de la ruta hacia la toma de conciencia de sí y de su humana condición. Ironía del destino, acá forma parte de los que han venido a reclamar un territorio ocupado y que echan a los palestinos nutridos de otra historia, humana y santa. El absurdo invierte los roles. Su derrotero la ha llevado al rol de verdugo de los árabes. Los diferentes viajes entran en colisión junto con los textos sagrados. El camino de Esther será el éxodo de Nejma cuando se cruzan en la ruta en direcciones contrarias —una va hacia Jerusalén, la otra huye hacia un campo de refugiados—, se miran con desesperación, se dicen sus nombres y nunca más volverán a verse, pero cada una de ellas pensará siempre en la otra. Esther no soporta esta foto de su propia partida allá en Saint-Martin.

Llegada a Jerusalén. La ciudad de la luz es en realidad el mismo infierno europeo de la época de los nazis. Guerra, la gente se mata, los niños de todas las etnias son capturados... La tierra prometida reitera el horror que creyeron haber dejado atrás. Van a un Kibboutz. Período de cierta paz para madre e hija. Jacques hace el servicio militar y está en el frente de batalla en la frontera siria. Planes para ir a Canadá después de la guerra, Jacques quiere estudiar medicina. Un día, Esther se entera de que está embarazada. Gran alegría, gran venganza contra todos los niños que mueren en las guerras absurdas. Ese mismo día se entera también de la muerte de Jacques. El vacío la invade nuevamente pero ya no llora.

Montréal 1966. Esther llega a América antes del nacimiento de Michel, su "niño del sol". Estudia medicina, conoce a Philip quien le será siempre fiel. Nueva e implacable prueba en su odisea: volver a Israel para que Michel conozca su tierra. "Es difícil volver, mucho más que partir". Así continúa Esther, en un segundo lapso en el camino de regreso, a través del espacio y sobre todo del tiempo.

Primera etapa, de Canadá a Israel. Elizabeth había permanecido allí mientras su hija emigró hacia el Nuevo Mundo. Durante estos años, en un país en paz, Esther no pudo remediar las heridas morales de una vida cruel. La expatriación, incluso en un lugar sin imágenes de la guerra, no le permitió arraigarse en un medio acogedor. No logra liberarse del recuerdo de Nejma. Todavía no puede cerrar los ojos y no pensar en los crímenes de los que ha sido testigo. Su viaje parece efectivamente no tener fin como lo había intuido en Francia. Errante, extranjera en todos lados, su Ítaca no aparece. O no la tiene. Acaso esta pediatra aún está invadida por un desierto interior que sólo podrá fecundar con su atormentada vida cuando descubra que su exilio forzado fue el camino para

repatriarse; cuando su expulsión primera pueda significar el comienzo de un nomadismo a través de la topografía y de la cronología del *nostos*; cuando se dé cuenta de que esta exploración es una suma de ritos de pasajes por accidentes históricos y geográficos que conducen a la conciencia de sí. Transita la senda en soledad.

Partidas perpetuas, vagabundeo doloroso hacia una "patria" por conquistar y que no está inscrita en los mapas del mundo. Jerusalén, ciudad inicial del deseo de liberación, se transforma en un no-lugar situado en cualquier parte, una ciudad final de pasaje para renacer purificada. Esther llegará a ese deseado lugar cuando, desandando el camino sin solución de continuidad, llegue al último peldaño de su descenso a las tinieblas y, renacida, comience su ascenso hacia la luz. Empieza cuando viaja de Montréal a Tel Aviv con su hijo, Michel. En 1973, se casa con Philip y abre un consultorio de pediatría. Elizabeth vuelve a Francia para morir junto a Michel Grève.

Segunda etapa. De Israel a Francia. Niza, verano de 1982. Elizabeth muere. La odisea de Esther empieza a tener el aspecto de una travesía irreal por un pasado que ya no existe y por un presente que no le pertenece. "Il me semble que je suis n'importe où, partout, nulle part". (Le Clézio, 1992, 329)⁵ Ya no se reconoce en esa geografía de la que el hitlerismo la expulsó y sin embargo en esta etapa de su periplo siente que está buscando algo y no sabe qué. De hecho, está entrando en el tiempo liminar y final, en la Ítaca que duele más, la que viene preñada de un pasado letal que debe parir para poder alumbrar un futuro aun cuando a esta ceremonia de ultratumba —muerte y renacimiento— no pueda fecundarla con los objetivos de su búsqueda.

Recuerdos caóticos. ¿Qué significa ese pasado para esta gente cuarenta años después? Indiferencia y olvido la abofetean en estas tierras que fueron alguna vez su patria. La guerra, su guerra parece no haber existido nunca o no interesar más a nadie. La ausencia y la amnesia hicieron un trabajo violento y velado.

Tercera etapa: Esther va a Saint-Martin. "Tout est devenu étranger, ou c'est moi qui suis étrangère (...) Tout a été oublié sans doute" (Le Clézio, 1992, 338-339)⁶. Restaurantes, vendedores de souvenirs, pizzerías... En este paisaje irrecognocible, Esther escucha todavía resonar los ecos de un mundo pasado —grabado en su memoria— que fue el punto de partida de su "historia de amor y de errancia". Disfrazada de turista mendiga en pos de su niñez y de su hogar.

Cuarta etapa: hacia la montaña por donde huyeron con su madre hacia Italia, por donde, cuesta arriba, comenzaron a descender a los infiernos. Todo está igual, pero es como si le hubieran sacado algo.

⁵ Me parece que estoy en cualquier lugar, en todos lados, en ninguna parte.

⁶ Todo se volvió extraña, o soy yo la extraña (...) Todo ha sido olvidado sin duda.

Quinta etapa: hacia Berthemont. Quería ver el lugar donde murió su padre. Paz, silencio, recuerdo del mar sobre el barco. "...il y a si longtemps que cela semble une légende (...) Jérusalem (...) ville lumière (...) mirage (...) Où est cette ville? Existe-t-elle?". (Le Clézio, 1992, 342)⁷. Imagina las pistas de su padre y los detalles de su asesinato mientras conserva las cenizas de su madre. Va hacia la verdad, la encuentra, la ve finalmente sobre la tierra que cubre a su padre en presencia de los restos de Elizabeth. Se regala un cementerio. Llega al mundo de los muertos después de atravesar el Océano y de volver a cruzar el umbral que dividió su existencia entre la vida y la muerte. Llega al fin a los reconocimientos-revelaciones. Este paso definitivo, esta puerta límite entre lo extraño y lo propio no se traspasa sin riesgo aunque más allá de él esté la verdad. Sin necesidad de "adivinos ciegos" consulta a su propia alma y el camino por seguir se le revela. Al asumir su pasado, entierra la pesadilla y exhuma el sueño del porvenir una vez libre de los fantasmas del olvido, de la ausencia y de la ignorancia. Se siente liberada, sin ceremonias sacrificiales, de los sepultados en la tenebrosa morada de Hades y Perséfone. Así, al arribar a la conciencia de sí y revisar la evolución que va de la "otra estrellita" a "este sol", Esther se encamina hacia sí misma. "Tout tourne autour de moi, comme si j'étais le seul être vivant, la dernière femme échappée aux guerres (...) J'ai appris ce que je suis venue chercher". (Le Clézio, 1992, 344)⁸

Sexta etapa: un camión la vuelve a llevar a Niza donde la esperan Michel y Philip. Los dos seres vivos que ama y que nunca la desconocieron la esperan siempre y estarán allí mañana. "Avec eux, je partirai de l'autre côté de la mer, dans mon pays où la lumière est si belle" (Le Clézio, 1992, 344-345)⁹. Ha llegado a su "isla", la inicial, la del sur de Francia. Ahora puede radicarla en "otra parte". Otro Océano por recorrer la trasladará a su hogar junto con su esposo y su hijo amados. Emprende "otro" viaje. Éste la reconciliará con la luz de su estrella y le permitirá, a su vez, devolver su calor porque se ha vencido a sí misma y ha podido triunfar sobre el caos y resistir la atracción por las tinieblas. Porque pasa a un grado superior de conciencia y de Nadie devino en Todos. Porque es una heroína, en definitiva.

Al día siguiente, Esther va al borde del mar. Piensa en su marido y su hijo, "... ensemble ils prendront le train pour Paris, pour Londres. Il faut partir pour oublier" (Le Clézio, 1992, 346)¹⁰. Olvidar su realidad porque pudo al fin recon-

⁷ ... hace tanto tiempo que eso parece una leyenda (...) Jerusalén (...) ciudad luz (...) espejismo (...) ¿Dónde está esa ciudad? ¿Existe?

⁸ Todo gira en torno a mí, como si yo fuera el único ser vivo, la última mujer escapada de las guerras (...) Supe lo que vine a buscar.

⁹ Con ellos, partiré del otro lado del mar, a mi país donde la luz es tan bella.

¹⁰ ...juntos tomarán el tren hacia París, hacia Londres. Hay que partir para olvidar.

quistarla, ausentarse grávida, con su gesta y su historia —infancia, padres, primera patria—, sus más duros y sus más dulces recuerdos. Su vida, su verdad. Siente nuevamente la paz y la deriva. Ítaca, esta Ítaca no la ha decepcionado porque “hoy que es sabia” Esther ha comprendido a Estrellita. Su viaje, su odisea, su vuelta a los orígenes sin que perro o nana la reconocieran ha sido su calvario y su liberación. La proscripción la arrancó de su suelo natal, la hizo librar muchas guerras, la devolvió al sur de Francia y la impulsó hacia un “maravilloso viaje” que le permitió comprender “qué significan las Ítacas”.

... *He sido Homero; pronto, seré Persona, como Ulises;*
pronto, seré todo el mundo: estaré muerto.
 (J. L. Borges: “El inmortal”).

El trayecto circular de la judía protagonista de *Étoile errante*, inaugura y clausura trayectos identitarios al tiempo que abre vías hacia una verdadera “vida nueva”. Allí donde puede alejar el sufrimiento de los ojos de los niños. Esta apátrida involuntaria debió “regresar para renacer” sabia y curada. Para restablecer el orden devastado en razón de su ausencia. Para radicarse en su verdadera Ítaca, esto es, un espacio interior, una isla que se encuentra en cualquier punto de los mapas para que una “estrella errante” la pueda instalar donde quiera. Ahora sabe que después de esta nueva fase de su viaje se librará a una batalla —¿disputas análogas a las del Ulises homérico contra los pretendientes de Penélope?— y que a ésta la ha elegido. Luchará contra el dolor y la muerte, contra las mancillas de las enfermedades y de las miserias en su consultorio de pediatría. Nejma, la palestina, (todas las Nejma), en algún punto de su propio sendero, puede estar todavía tramando y destramando relatos de encuentro y de repatriación —más allá de las razas, las religiones y las culturas— defendiéndose así de quienes la acechan y no le creen que tiene una “hermana” judía que la está buscando a fin de celebrar un banquete que cure del exilio y así desnude una comunión en la misma angustia o en la misma humana condición...

Ahora olvida el lugar y aquellos seres vivos que la olvidaron en su ausencia, que no cumplieron con los ritos de la hospitalidad cuando ella llegó a sus hogares. Sólo los muertos la esperaron para vaticinarle que su isla estaba lejos, allá en el país del sol... “C’est terrible les voix que s’éloignent (...) Esther sent les larmes pour la première fois (...) depuis qu’elle a quitté son enfance”. (Le Clézio, 1992, 349)¹¹ Gran fatiga... Gran paz... Llegó al fin a Jerusalén. El *nostos*

¹¹ Es terrible las voces que se alejan (...) Esther siente las lágrimas por primera vez (...) desde que abandonó su infancia.

sólo tiene itinerarios por inventarse. La patria está dentro de ella, territorio inalienable, inmaterial, móvil. Refugio espiritual y acogedor que no podría dar origen a una guerra de hombres. Sedentaria/nómada, Esther Grève, la desarraigada, puede finalmente dejar de errar y empezar a viajar "hoy que es sabia, y en experiencias rica". Final del regreso, final del relato.

Quizá el viaje reescrito permanentemente por la literatura, o los relatos míticos —el ejemplo de Ulises, por caso— erosionen el olvido e impulsen el "deber de memoria", de memoria ejemplar. Memoria de la literatura y memoria de la humanidad condenada a deambular hasta volver a las raíces, hasta radicarse en un tiempo o un espacio liminares, de "antes de la destrucción".

Bibliografía

Le Clézio, J.M.G. *Étoile errante*. Paris: Gallimard, 1992.

———. *L'extase matérielle*. Paris: Gallimard, 1967.

Onimus, Jean. *Pour lire Le Clézio*. Paris: Presses Universitaires de France, 1994.